

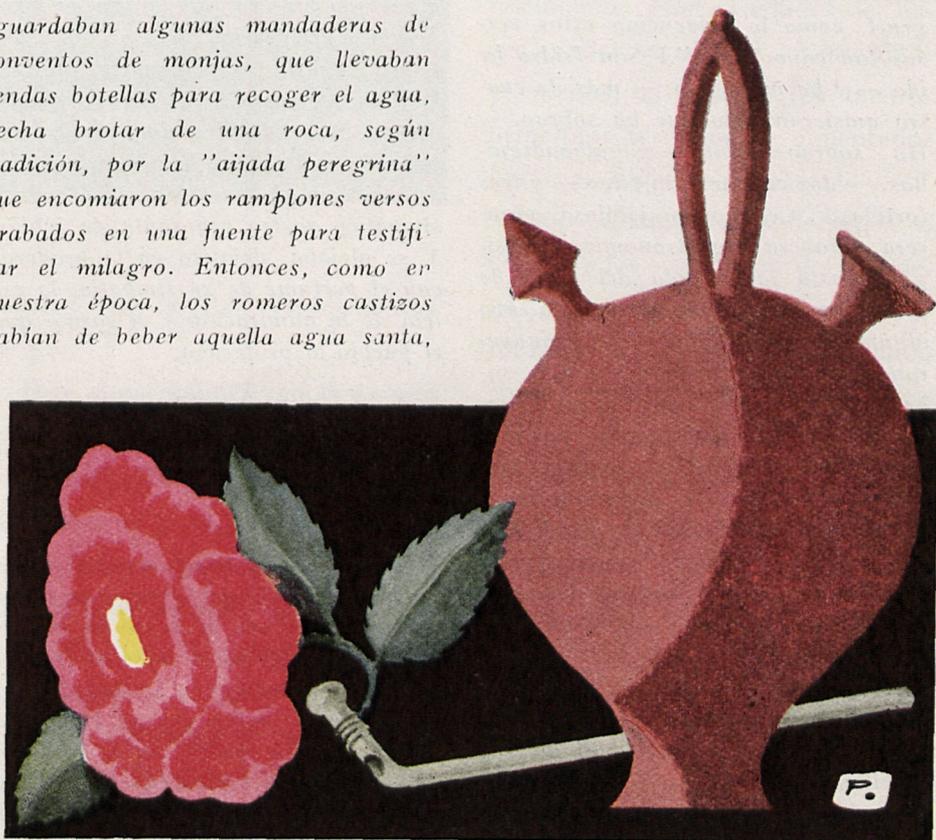
rioso, culto, consciente, gusta, muy legítimamente, de compensarse con el divertimento, el regocijo y la fiesta, llegados su hora y momentos. De siempre, el año madrileño estuvo florecido de expansiones, recreos, festejos y jácara. Entre éstos, y amén de los toros, triunfaban antaño las verbenas y romerías. De estas últimas, tan famosas, tan sonadas, de tal solera y renombre, han desaparecido totalmente la de San Blas, en el cerrillo de su nombre, entonces extramuros; y la extramuros también del Santo Angel, por los campos goyescos hoy conocidos por la Puerta de angélica subnominación; ni existe la de Santiago el Verde, que se celebraba el 1.º de mayo en el Sotillo, muy paganamente, con excesos y licencias de todas clases; ni la llamada del Trapillo, el 25 de abril, San Marcos, en que Madrid se despoblaba desde bien temprano y "de trapillo" —de ahí su nombre o apodo o remoquete, como se quiera mejor—, por la desaparecida puerta de Fuencarral, camino de la también desaparecida ermita del Santo, cuyo campo era teatro de escenas que, en armonía con la poco amable alegoría patronal, no dejaban muy bien parados el honesto y debido respeto a los mandamientos sexto y nono. Sólo queda —pero ¡tan distinta de lo que fué, en todo!— la de San Isidro, a la renombrada fuente del agua milagrosa, y a la Pradera, cuyo ancho campo de recreo, esparcimiento, juegos y diversiones en el tradicional, típico, señalado día fué convertido, por la fiera saña de los rojos en el período de la gloriosa Cruzada de Liberación, en Campo de Sangre, de la sangre de los infinitos mártires inmolados a su insaciable selvatismo asiático; campo de dolor, campo de lágrimas, campo de respeto y de sacros recuerdos; cementerio de sañudas ulciones y de los más horrendos y espantables asesinatos. Por eso lo que queda, lo poco que queda de aquella famosa romería del Santo, se ha trasladado a otros lugares, si bien en los mismos terrenos, a la inmediación de los primitivos, un poco más arriba. Y más que romería, parece una pobre, grotesca parodia de lo que fué, ofreciendo un espectáculo que no es ni sombra del antiguo. Bien merece una evocación, siquiera sea en síntesis, de lo que las crónicas dejaron escrito para gloria

de aquellos ínclitos hijos de Madrid, y para eterno baldón e ignominia perpetua de los que han manchado como lo han manchado aquel campo de alegría, convirtiéndolo en Camposanto, no pudiendo creerse que los autores fueran hijos de Madrid, sino engendros del Averno.

* * *

La romería de San Isidro era muy anterior a la canonización y aun a la beatificación del Santo Labrador. Madrid lo había santificado de muchísimos años atrás y declarado su santo Patrono, y así el pueblo —más el pueblo que las clases elevadas, entonces— acudía, devoto y creyente, primero, a beber el agua milagrosa de la famosa fuente, y luego ya a orar también a la ermita que la Emperatriz Isabel, en 1528, mandó construir junto a la fuente, como así lo escribe por modo terminante Quintana en la página 377 de su "Historia sobre varios extremos de Madrid", escrita en 1629. Y lo mismo, con más y mayor abundancia de información, escribe el propio Quevedo; tomando información del cual un cronista posterior dice: "Apenas alboreaba el 15 de mayo cuando el santero de la ermita —construida por la Emperatriz en el siglo anterior—, un labrador con ribetes de clérigo abría la puerta del santuario, donde se decía una Misa de Alba. Ya aguardaban algunas mandaderas de conventos de monjas, que llevaban sendas botellas para recoger el agua, hecha brotar de una roca, según tradición, por la "ajuda peregrina" que encomiaron los ramplones versos grabados en una fuente para testificar el milagro. Entonces, como en nuestra época, los romeros castizos habían de beber aquella agua santa,

a la que suponía preservadora de la fiebre. Y a probar el cristalino líquido, y a rezar al Santo, a la vez que a pasar un día de jolgorio, se dirigían desde las primeras horas de la mañana los habitantes de la Villa, en honor de su Patrón Celeste. Iban como vanguardia devotas madrugadoras, soldados con licencia; hampones y ociosos, a la chusma de convites y merodeos, y frailes mendicantes, pediguños de limosnas, cabalgando sobre jumentos. De ocho a nueve de la mañana bajaban por la Cuesta de la Vega, en sus carrozas o sillas de mano, las damas elegantes escoltadas por los "lindos" que las servían, a guisa de escuderos, a caballo. Aprovechando la afluencia del concurso, los innumerables mendigos (cojos, mancos, ciegos, tullidos o simplemente simuladores de estas desgracias), colocábanse o un lado y a otro del camino, exhibiendo sus lacerías y atronando los oídos de los paseantes con sus voces estentóreas o plañideras para pregonar sus achaques o impetrar la caridad de los que pasaban. En modestos tenderetes de lona se expendían variados comestibles: conejos, cabritos asados, "ropa vieja a la castellana", perdices escabechadas, las ricas empanadas de ternera, de cubilete y de picadillo de almendra que fabricaba con manos de ángel el afa-



mado pastelero del Mesón de Paredes, y la ensalada de lechuga, con cebolla y huevos duros, que encabezaba invariablemente el almuerzo, comida o merienda; manjares que rociaban con peleón de Arganda, "ratafia o hipocrás", acompañándoles con tal cual golosina. En aquel regocijo popular holgaban los melindres; los romeros se acomodaban, para comer, sobre el santo suelo, distribuyéndose en animados corrillos; y, terminada la rejacción, bailaban al son de guitarras o bandurrias, acompañándose con repiqueo de castañuelas. Las graves campanas del "Angelus", que sonaban en el no muy lejano convento de San Francisco, interrumpían momentáneamente el jolgorio; y todos, rindiendo culto a las prácticas piadosas de la época (que ni el tumulto de la fiesta les hacía olvidar), se descubrían devotamente y rezaban su oración... lo cual no les impedía andar después a cuchilladas si llegaba el caso. Y al toque de oración, santiguándose los concurrentes, emprendían el retorno a Madrid: alegres, unos; mustios y rendidos, los más, y maltrechos, no pocos."

* * *

Más adelante siguió todo esto con escasas variaciones, hasta la época goyesca y de la afrancesada, en que la romería isidril hubiera sido, de una parte, la envidia, y de otra, la admiración y delicias del propio Pantagruel, como lo evidencian estos versos tan conocidos: "A San Isidro he ido — y he merendao; — más de cuatro quisieran — lo que ha sobrao. — Ha sobrao jigote — y albondiguillas, — dos capones, un pavo — y tres tortillas." Celebración jubilosa, algarera, jaranera y gastronómica que siguió hasta la entrada del siglo de gracia en que vivimos. Luego ya tuvo algunas variantes, no que disminuyeran ni que hicieran perder rango, sobre todo, popular, a la famosa romería, sino acomodada a los tiempos modernos que suprimieron unas cosas, agregando en cambio otras que mantenían muy dignamente la tradición, por los que la clásica Pradera revivía los fastos y grandezas populares en unos festejos bullangueros, coloristas, de multitud gozosa y alegre — muchas veces deslucidos por la lluvia o esas intempestivas tormentas de mayo—, pero siempre peraltados, animados, dignificados con la madrileñísima nota de realeza de la madrileñísima Infan-

ta doña Isabel, cariñosamente llamada "la Chata", por el pueblo al que ella tanto amaba, y que él la correspondía con igual entrañable afecto; alta, popularísima señora, digna hija de aquella Reina tan amante del pueblo también y con un corazón de oro que no le cabía en el pecho. La aparición de la Infanta, en su landó descubierto, acompañada de su dama de guardi: —una de las dos hermanas, Juana o Margot Bertrán de Lis—, marcaba en aquella amplísima pradera, donde se multiplicaban, tumultuosamente, recargadamente, agolpadamente, los puestos, aguaduchos, merenderos, tenderetes, "tios vivos", norias, caballitos, mercaderes infinitos de baratijas, pitos del Santo con papeles de colores, rosquillas del Santo, botijos, matasuegras; voces, gritos, cánticos, guitarras, y todo aquel cúmulo indefinible, incatalogable de cosas de tan diversa naturaleza y uso; la aparición de Su Alteza, repetimos, marcaba la más alta nota en la Pradera, que se conmovía toda, congregándose, agrupándose en redor del coche de la Infanta, al que colmaban de cuantas baratijas se ferriaban en la popular romería, sin que, entre vitores y aplausos, faltase el entusiasta enervorecido que se adelantaba con el vaso de limonada o el refresco, que la augusta dama aceptaba y consumía con la más viva complacencia; repitiéndose entonces los vitores y aclamaciones, que volvían luego a oírse cuando se marchaba, abriéndose paso difícilmente el coche entre el gentío que se disputaba el afán y la gloria de piropearla y celebrarla, incluso con el popular y cariñoso remoquete, que la Infanta, conociendo la cordial procedencia, sabiendo el cariño que lo profería, lo recibía con la mayor complacencia, como lo revelaba su redondo y simpático rostro rebosante de júbilo. Y se alejaba, dejando en la pradera, con el perfume de su simpatía, la estela de la admiración y el cariño que el pueblo la profesaba.

* * *

Más que como complemento, a guisa de corolario, quisiéramos agregar —y no resistimos al deseo de hacerlo—, una brevísima nota sobre la fiesta que en Torrelaguna se tiene a San Isidro y a su santa esposa María de la Cabeza. En efecto, en el término de Torrelaguna, a cuatro kilómetros de la ilustre Villa, patria chica del

gran Cardenal español, Fray Francisco Jiménez de Cisneros, sobre un altozano que allí se eleva, enseñoreándose de la verde campiña y ante el frondoso y umbrío ostio que allí forma la ribera del Jarama, álzase una antiquísima ermita donde de tiempo inmemorial se veneraba una pequeña y morena imagen de Ntra. Sra. de la Piedad, y que la tradición atribuye a uno de los discípulos del apóstol Santiago, de tan honda y extendida veneración, que venían a adorarla de los más lejanos pueblos comarcanos; y hasta los propios Reyes, desde los Católicos y toda la Casa de Austria, tuvieronla en gran veneración. Incluso la propia ermita gozó de muchedumbre y diferencia de privilegios y mercedes otorgados por los Pontífices Sixto IV y Alejandro VI.

Enclavado el pequeño santuario en el término de la hermosa finca de Carquiz, donde Isidro y María de la Cabeza vivían, él empleado en las labores agrícolas, ocioso es decir lo visitadísima que sería del santo matrimonio (sabido es que ella de allí era) y la gran devoción que la tendrían. Tanta, que ella dispuso testamentariamente que su cuerpo fuese enterrado en dicha ermita, como así fué; y por apremios ya de espacios, tan colmados y rebasados los concedidos, hacemos gracia al lector del éxodo del su grado cuerpo, así como de las vicisitudes pasadas por el bello monasterio, casi en ruinas hoy, pues ello no es del caso.

De tiempo inmemorial celebrábase en Torrelaguna y pueblos de su extensa comarca una típica romería, que en el 1927 dejó de celebrarse, y hace unos años, por obra del celoso Alcalde de Torrelaguna y Diputado provincial por aquel distrito, don Manuel Sanz Huertas, volvió o entrar en vigor. Tiene comienzo en una solemne procesión que, precedida por estandartes, pendones, cruces y guiones, a través de los campos, partiendo de la Villa, se dirige a la ermita, formando una inmensa teoría de carretas engalanadas que hacen cortejo a otras en que, separadamente, van los santos esposos. En la ermita, a un lado, se tiene la misa, y después el pueblo —los pueblos— hacen la clásica ofrenda de frutos del campo y rosquillas del Santo, para después trasladarse al amplísimo y amenísimo soto, en auténtica romería, a comer los clásicos manjares, sabrosísimos, de la región; y luego de expansionarse honestamente, durante la tarde, al caer de ésta, tornarse procesionalmente también, al pueblo.



EN · TORNO · A LOS · RESTOS D · CISNEROS

por Luis López de Castro

EL que conozca bien la historia del humilde hijo de Torrelaguna habrá podido observar con claridad meridiana el favor que del Cielo ha recibido este siervo del Señor y el opuesto fenómeno de ingratitude con que ha correspondido el hombre a tan egregio gobernante después de su muerte, y, en segundo lugar, el contraste más dispar que forman esos dones divinos en el devenir de su vida, esmaltada de las más brillantes

facetas, con la triste suerte de sus restos.

Este superhombre jamás mostró tibieza o titubeo en la realización de sus más grandes y difíciles empresas, aunque le exigiera el sacrificio de la vida, como la de misionar en Africa, que no pudo llevar a cabo, por milagrosa intervención divina, yaliéndose de una penitencia franciscana. Su ambición, ardoroso entusiasmo, denuedo y voluntad fueron inconmensurables cuando se

trataba del bien de la Iglesia, de la Patria, de la Justicia, de la caridad y de la cultura; diríase que estos pensamientos constituían en el humilde franciscano una obsesión, si no le considerásemos como un escogido del Cielo. Ni las más turbulentas contrariedades le hacen perder su ingente animosidad, y, menos, el seso y los buenos principios férreamente cimentados desde su niñez.

Esa injusta correspondencia a los grandes sacrificios del Cardenal da comienzo apenas exhala el último suspiro, en que el Estado trata de embargarle sus bienes privados, siguiendo a esa falta de comprensión la debilidad del Papa Clemente XIV, negándole la canonización, cuando el pueblo, con ese juicio certero, le había santificado, llamándole el Santo Amo. La cabaña de Nuestra Señora del Castañar, donde hizo la vida de anacoreta, se la conocía con el nombre de la Cabaña del Santo, y



hasta el marino decía que llevaba en sus pliegos el viento favorable. Tampoco fué muy generoso el jurisconsulto, con el estadista y gobernante más justiciero; el Arte, con su Mecenaz; el Ejército, con su creador; ni el pueblo Complutense, con haberle dado el sello de eternidad. Sólo las letras le han rendido grande y merecido tributo, pues pasarán del millar las publicaciones, tanto nacionales como extranjeras.

Por esas hermosas virtudes sociales y amor a Cristo, fué Este pródigo en la vida fecunda de Cisneros, y antes que las Parcas crueles cortasen el hilo de su existencia, vió consumadas todas sus empresas con óptimos frutos: días antes de salir de Alcalá para recibir al Rey don Carlos, que venía de Flandes, le son leídas por el impresor las últimas páginas de la Biblia Políglota, uno de sus más adorables ensueños, y, en el mismo año, vió terminada la custodia más rica y grande de Europa, que donó a la catedral de Toledo. Después de diecisiete años de lucha titánica, finalizó con brillante éxito la reforma del Clero Secular y Regular; la Universidad y los colegios, irradiando luz y saber aquende y allende de nuestras fronteras; reducida a obediencia la altiva semifeudal nobleza; sólidamente articulada la unidad nacional, y garantizado el orden interno y externo del Reino. Lo único que el Eterno no le concedió fué besar la mano del Monarca, por que el Señor lo elevó al seno de los ángeles, para que no viera tanta ingratitud humana después que terminó su dura misión sobre la tierra.

Por el contrario, a los restos de Moisés, perdidos en un valle de

la tierra de Moab, y de otros ilustres próceres, los del Regente sufrieron constantes vaivenes, no logrando la paz, el descanso, el respeto que todos los pueblos rinden a sus difuntos, ni el culto de veneración a que eran acreedoras las gloriosas cenizas de tan santo varón, pues, por su grandeza histórica y virtudes cristianas, mereció ser canonizado como el Canciller inglés Tomás Moro y Juana de Arco.

Apenas el cortejo fúnebre de su cadáver llegó a su querida Alcalá, el 14 de noviembre de 1517, surge la competencia entre el Cabildo de la Magistral y el Profesorado de la Universidad sobre el sitio donde había de ser sepultado, efectuándose en la capilla de la Universidad, para cumplir el testamento del finado, después de las solemnes honras fúnebres, que duraron dos días; parejamente a lo que hoy pretende hacerse tras la sólida restauración llevada a cabo en ambos edificios.

Mas no se tuvo en cuenta la excesiva cantidad de agua existente en el subsuelo de Alcalá y la inferior rasante que tiene el pavimento de la iglesia con la de la calle, y a los pocos años, en 1597, era invadida la sepultura por aquella humedad, trasladándose al altar mayor, en el lado del Evangelio. Pocos años después, fueron colocados en el suntuoso sarcófago de mármol de Carrara, costeado por la Universidad y los testamentarios, esculpido por los italianos Adán Wibaldo y Torne, con la traza de Domenico Florentino. A tan valioso mausoleo circundaba artística verja de bronce de Vergara El Mozo, que rivaliza en arte de buen gusto con el magnífico de Florentino. Ambas obras

son dos ricas joyas del arte del Renacimiento.

Por fortuna grande, tengo el que no sea cierto el rumor de la pérdida de la verja de Vergara; pero sí, por desgracia, la que cerraba la cripta donde estaban los restos, también de gran mérito; y con respecto al sepulcro, ya colocado en San Ildefonso, he de decir que he visto con honda pena las numerosas mutilaciones que presenta. Unas cuarenta y tantas han sido reparadas hábilmente con los mismos trozos de mármol de las rotas figuras, pero aún quedan mayor número por instaurar de la profusa decoración exornativa que lleva la obra de Domenico, lo que exige un buen escultor y además de mucho tiempo tan costosísima restauración.

Nuevamente se volvieron a exhumar esas venerables reliquias en el año 1677, por temor a su destrucción, quedando cinco días expuestas al aire y la luz para ser desecadas, hasta que don Pedro Quintanilla, acuciado por un sentimiento de cariño al Cardenal, los depositó en un nicho a espaldas del altar mayor de la capilla donde decía misa Cisneros, el cual tabicó, hecho ignorado de los demás, levantando acta de tan singular audacia.

Por esta circunstancia, al abrir el sepulcro el Ayuntamiento, ya vendida la Universidad por el Estado en ¡setenta mil reales!..., hallósele vacío, noticia que llenó al pueblo de consternación por la pérdida de los restos venerables de su protector.

Mas el Eterno velaba por ellos, y, un buen día, un alcalaíno, quizá en la búsqueda de documentos en el Archivo de la Universidad, la Providencia puso en sus manos el

acta de Quintanilla, donde se expresaba el punto fijo donde se hallaban tan preciadas reliquias. Del valioso hallazgo sacó una copia, que entregó al Corregidor del pueblo, el cual, con las demás autoridades, procedió a descubrir el nicho con la natural ansiedad. En efecto, allí estaba la caja, y sobre ella un pergamino, corroborador de que aquellos restos, en perfecto estado, eran los del Cardenal, padre de los pobres, a quienes trató de elevar por medio de la cultura a las altas esferas sociales, a la santidad y sabiduría.

En abril de 1857 son otra vez exhumados estos restos y colocados en el mismo sepulcro, pero ya emplazado éste en el crucero de la Magistral, frente a la verja central que da entrada al presbiterio, y a cuyas exequias asistió el Gobierno en pleno; dignidades eclesiásticas, civiles y militares, como igualmente el pueblo alcalaíno enfervorizado. El gobierno Narváez, queriendo hacer un favor inmenso a la ciudad, dejó sin efecto una reciente Real Orden, en aquellos días, para que fueran trasladadas al Panteón de Hombres Ilustres en Madrid, y desestimó la petición del Cabildo de la catedral de Toledo, que reclamaba los restos del Prímado, para ser depositados bajo las altas bóvedas de este grandioso templo.

En el suntuoso panteón fueron colocados los restos del sencillo monje de la Salceda; mas, por desgracia, no para mucho tiempo, porque al venir en abril de 1931 la República Masónica del brazo del comunismo, que algunos primates monárquicos sirvieron al Frente Popular en bandejas de plata, esas sagradas reliquias fueron bárbara y sacrílegamente profanadas por

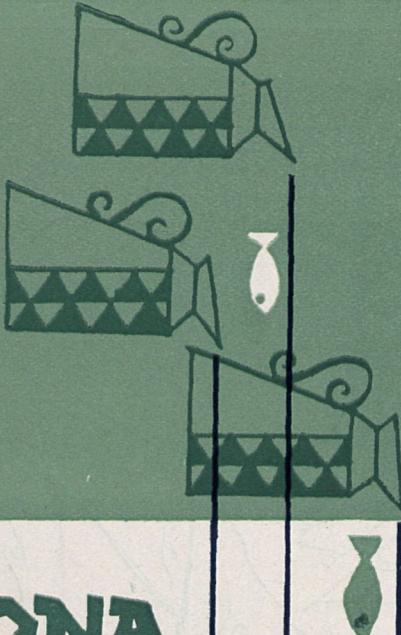


las hordas rojas, impulsadas por el odio satánico a todo lo noble y santo de España, empleando el sadismo más refinado y repugnante.

Mi pluma se resiste de vergüenza, como cristiano y español, a pintar aquel cuadro de terror apocalíptico. Después de ser aventados aquellos restos sagrados del más santo y más grande político de España, llegando hasta la hartura de las profanaciones con todo lo sagrado, procedieron a dar fuego al templo, el cual quedó convertido en gigantesca hoguera. El rico tesoro que poseía la Magistral en imágenes, cuadros, tapices valiosos, ornamentos y vasos sagrados de valor incalculable, incluso las veneradísimas Santas Formas, todo fué destruído, no quedando más que los humeantes muros de la iglesia, porque hasta las bóvedas de las naves se desplomaron. Un ilustre escritor alcalaíno, don An-

selmo Reymundo, en su obra completa e interesante «Historia de Alcalá», nos dice: «que los huesos del Cardenal estuvieron expuestos al aire, a la luz y a las lluvias los treinta y tres meses que duró la guerra». Al terminar ésta, merced al heroísmo del pueblo y a la espada de Franco, manos piadosas recogieron de entre los escombros tan preciadas reliquias, que fueron colocadas en arca de plata del siglo XVI, propiedad de las monjas Bernardas de la localidad, y llevadas a Recuperación de Objetos de Arte; desde este Centro, al Obispado de Madrid-Alcalá, en donde actualmente están esperando que sean trasladados al pueblo Complutense. ¿Hasta cuándo y dónde han de descansar definitivamente estas gloriosas cenizas...? Difícilmente puede contestarse con exactitud a esta interrogante.

Luis LOPEZ DE CASTRO



LA ZONA MADRILEÑA DE LOS 4 RÍOS.

POR JULIO ESEOBAR 



NANBO

32 —

Está muy generalizada la creencia de que la provincia de Madrid, salvo los lugares pertenecientes a la Sierra, es poco menos que esteparia, salvándose únicamente de la sequedad y de la esterilidad terreras el maravilloso oasis de Aranjuez. Echando a andar camino adelante, desde que Madrid se repliega, atravesando el Puente de Vallecas, el paisaje, en efecto, palidece y se queda en los mismos huesos, y hay un dramatismo de campos pobres y descarnaduras en lomas y barranqueras, que dura hasta la vista del Puente de Arganda, donde saltamos, así, de pronto, a la española, a un escenario completamente opuesto: húmedo, frondoso, alegre y halagüeño. Desde aquí comienza, hacia el mediodía provincial, una de las zonas fluviales más caudalosas y amenas de España, que yo llamaría de los cuatro ríos, con perdón del sufrido y denostado Manzanares, por no incluirle en esta numeración, ya que vierte en el Jarama, por Vaciamadrid, y, cadavérico, hiede antes de su muerte, sin tener la dicha de comparecer en las vegas, que abrirán y esponjarán su forestal y hortícola riqueza al amor de las líquidas corrientes.

El padre Tajo, en primer término, penetra en la provincia matritense por el término de Estremera, y después de atravesar los de Fuentidueña y Villamanrique con el ardor de una espada tajante, pasa a tierras toledanas, de donde vuelve, nostálgico, a la querencia de Madrid, para hacer la última ofrenda de sus beneficios a los predios de Aranjuez. ¡Y qué jardines y huertas crea! Primero, entre frondas, parece detenerse a escuchar los relatos que cuentan los olmos y negrillos centenarios, en cuanto el aire les inspira, historias y romances de diligencias y carromatos, de carrozas, galeras y reatas camino de Chinchón y de Colmenar de Oreja, donde hay castillo, palacios y casonas, y mucho que ver. Luego el Tajo, haciendo un esguince de liebre perseguida por los galgos, va a los perdederos reales, donde, al

sentirse seguro, sano y salvo, ensancha su pecho. Un puente, para más alegrarle, le da un pase por todo lo alto, y el río salta una presa y bufa victorioso. Más tarde, con hartó dolor de su corazón, el Tajo busca los despeñaderos de Añover, y ya, al objeto de curar su pena, sólo desea ceñirse a Toledo, curvarse como la mejor tizona toledana y seguir su camino de grandeza.

El hijo mayor y el predilecto del Tajo es el Jarama. Viene desde la unión de las tierras sorianas, guadalajareñas y matritenses, desnudo mendicante, hasta encontrar al Lozoya, quien le alegra y anima, aconsejándole que varíe su curso y tome la dirección Sur. Obedece el Jarama y va a Talamanca, y ya metido de lleno en la provincia de Madrid sigue su camino, cada vez más rico y poderoso, por Fuente del Fresno, Paracuellos, San Fernando, Velilla de San Antonio, Vaciamadrid, San Martín de la Vega, Titulcia, Ciempozuelos y Aranjuez, en cuyas cercanías rinde sus armas y caudales al Tajo.

El Jarama es mozo ancho y vistoso, de mucho aquél. Brilla y reluce festivo, y gusta de la jarana y el bullicio. Resulta río de baños y merendonas, de excursionistas y parejas de enamorados, y también, en sus recodos y silencios, de pescadores, que van allí al reflejo zigzagueante de los peces de colores. En término de San Fernando da de beber a toros bravos y alimenta molinos, y cuando prodiga sus riegos en San Martín de la Vega y Titulcia, la naturaleza, pujante y sofocada, se hace fabulosa y sensacional. Escapa de Ciempozuelos, asaetado de miradas enloquecidas, y tiene la gallardía de entregarse al Tajo y rendirle cuentas humildemente, sereno, claro y sencillo, sin esperar recompensa.

Y aquí tenemos, señor mio, al Henares. Viene de Guadalajara dispuesto a luchar con el Jarama por la primogenitura. Hasta presenta, para ello, dignas y honorables ejecutorias, méritos y virtudes, entre la que destaca su sapiencia adquirida en el Campo Laudable alcaláino, a la sombra cisneriana de la Universidad. En Santos de la Húmera se vuelve madrileño, pero no pierde el aire aldeano, y ha de ser en Alcalá donde adquiera distinción y señorío, hartó de páramos y estridencias anfractuosas, abierto en cércenes en Mejorada del Campo, donde vierte, anonadado, en el Jarama.

¡Qué río más valiente, más apretado, más jaque, el Tajuña! Es alcarreño por naturaleza y por excelencia. Lava mieles y lanas, y entra en los domi-

nios de Madrid para regalar vegas pródigas y feraces en Ambite, Orusco, Carabaña, Tielmes, Perales, Morata, Chinchón y Titulcia, hasta perder la vida, en buena lid, luchando con el Jarama, batiéndose alegre y valeroso, lleno de juventud y de bravura.

Cuando damos en la vega de Morata, la Castilla manchega se hace bética, salpicada de olivos, adornada de frutales, bordada de hortalizas, y hasta alguna palmera despliega su pompa de pavo real al oreo del solano y abre camino de pitas y chumberas para la jaca castaña de Luis Candelas y el caballo tordo de «Frascuélo».

Aquí están los ríos meridionales de la provincia de Madrid, los cuatro en presencia y potencia, cada uno de ellos disfrutando de personalidad propia: el Tajo, el Jarama, el Henares y el Tajuña, en orden de méritos y mercedes. Los más de ellos son un obsequio de Guadalajara, la tierra milagrosa del paraíso enterrado, y al regar tierra de Madrid preparan el labrantío para, entre otros productos, sacar al sol los tres más fundamentales: el vino, el aceite y el trigo. El vino de las cepas cuyo jugo corre en vetas abundosas desde Arganda a Navalcarnero, caldo tinto de considerable graduación y buen paladar, y dorado hacia la parte de Morata, Chinchón, Villaconejos y San Martín de la Vega, un pálido «fenómeno» al que es preciso tratar con parsimonia y respeto. Aceite espeso y ardiente, graso y untuoso, de aceitunas brillantes como el mirar de novias enamoradas. Y trigo, escaso, pero bueno, para la flor de harina, el bollo casero y la hogaza reciente.

En punto y aparte, los cuatro ríos matritenses riegan los mejores melones del mundo y la fresa más exquisita. Están dentro de la carne olorosa de estas cucurbitáceas tan populares, y ayudado el líquido por el sol crea un manjar azucarado y aguanoso, único. En el fresal, con solo besar el agua al pasar por los surcos las encendidas incitaciones de las plantas, los frutos rosáceos iluminan su roja succulencia. Y aunque en esto Villaconejos y Aranjuez se lleven, respectivamente, la palma, y sea el Tajo a quien corresponda esta gloria, también el Jarama, el Henares y el Tajuña andan a la parte.

La zona matritense de los cuatro ríos, tan bella como ignorada, está ahí, a la mano, entre páramos, lomas y oteros que crean oleajes estáticos para el remanso verde y jovial de los valles donde unos cuantos pueblos bien granados engastan su caserío moruno y manchego bajo los altos cielos matritenses.